

Un momento sensible con Edgar: Compañero de pensamiento y amigo en el corazón

A meaningful moment with Edgar: A companion in thought and a friend at heart

FECHA DE RECEPCIÓN: 01-06-26 / FECHA DE ACEPTACIÓN: 25-06-26

Lionel Scotto d'Apollonia

DIRECTEUR CHAIRE UNESCO COMPLEXITÉ EDGAR MORIN

Correo: chaire.unesco.complexite@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7934-6420>

RESUMEN

El autor reconstruye un momento íntimo y significativo vivido junto a Edgar Morin en Montpellier, donde la conversación ligera y afectuosa revela la profunda humanidad del pensador. Destaca su capacidad de presencia, su atención al otro y la religancia como modo de habitar el mundo: vínculo entre saberes, disciplinas y personas. El texto recorre la relación intelectual y amistosa que se fue tejiendo a lo largo de los años, así como la influencia decisiva de Morin en la creación y orientación de la Cátedra UNESCO Complejidad. También presenta el proyecto Oasis de Fraternidad como encarnación práctica del pensamiento moriniano, orientado a reconstruir vínculos y resistir la deshumanización contemporánea. Finalmente, afirma que el verdadero homenaje consiste en continuar la exigencia de pensar y actuar desde la complejidad.

Palabras Clave: morin, complejidad, religancia, educación, fraternidad.

ABSTRACT:

The author recounts an intimate and meaningful moment shared with Edgar Morin in Montpellier, where a lighthearted yet affectionate conversation reveals the profound humanity of the thinker. The narrative highlights Morin's capacity for presence, his attentiveness to others, and religance as a way of inhabiting the world—creating connections among forms of knowledge, disciplines, and people. The article retraces the intellectual and personal relationship that developed over the years, as well as Morin's decisive influence on the creation and orientation of the UNESCO Chair on Complexity. It also presents the Oasis of Fraternity project as a practical embodiment of Morinian thought, dedicated to rebuilding human bonds and resisting contemporary forms of dehumanization. The article concludes by affirming that the truest tribute to Morin lies in continuing the demanding task of thinking and acting through the lens of complexity.

Keywords: Morin; Complexity; Religance; Education; Fraternity.

El suave sol de finales de verano, tamizado por el espeso follaje de los árboles de la plaza de la Canourgue en Montpellier, apenas rozaba las mesas de nuestro bistró. La atmósfera era tranquila, casi suspendida. Conversábamos de forma distendida, de todo y de nada, con esa ligera libertad propia de las charlas que no tienen nada que demostrar.

La mirada de Edgar seguía siendo viva, traviesa, intensamente presente en el mundo. Detrás de lo «afectivo» — como a él le gustaba definirse— estaba el hombre; y detrás del hombre, una obra magistral, capaz a la vez de conmover las sensibilidades y de desplazar los marcos mismos del pensamiento. Compartíamos un café al ritmo de las cigarras. La crisis del COVID ya pertenecía al pasado; todavía nos divertíamos recordando las cenas clandestinas improvisadas durante aquella extraña época. Las elecciones municipales se acercaban. Hablábamos de política, de complejidad, de las cegueras mediáticas.

Sabíamos hasta qué punto los intelectuales, investigadores y responsables públicos se empecinan a menudo en reducir el mundo para evitar tener que pensar su espesor. La complejidad apenas vende, y ese es, tal vez, su menor defecto.

Cuando la conversación se deslizó hacia la educación —ese naufragio silencioso—, un simple intercambio de miradas bastó para compartir una complicidad muda.

A nuestro alrededor, la plaza continuaba su lenta respiración. El murmullo de Montpellier nos envolvía con dulzura. Jóvenes, turistas, jubilados y habituales rehacían el mundo a unas pocas mesas de distancia. De pronto, una desconocida se acercó, vacilante, visiblemente conmovida.

—Me ha inspirado usted tanto que solo quería venir a saludarle...

Edgar le respondió con esa sonrisa inmensa que abolía de inmediato cualquier distancia. Tomó su mano con calidez, prolongando unos segundos aquel encuentro improbable como si se tratara de un instante esencial. En él, la atención prestada al otro nunca fue una postura: era inmediata, instintiva, profundamente encarnada.

Esto es, quizás, lo primero que retendrán quienes lo trataron: esa capacidad conmovedora para entrar en relación, para hacer sentir a cada uno que existía plenamente en la mirada del otro. Su brillantez intelectual impresionaba; su presencia humana desarmaba aún más. Como aquella espontaneidad suya para levantarse de su *Morin-móvil*— su scooter, como le gustaba precisar— al paso de una manifestación, contoneándose al ritmo de la batucada.

Había en él algo de una infancia que permanecía intacta detrás de la lucidez del pensador. Una manera de acoger la emoción sin exhibirla jamás. Base de una pudorosa vibración. Una jubilación casi física al pensar, vivir, respirar. Y esa fuerza singular ante la muerte, afrontada muy temprano, domesticada muy temprano.

«Afectivo»: ninguna palabra se aproximaba mejor a lo que era Edgar Morin. Un pensamiento de la *regliancia* (*reliance*, en francés que quiere decir ligazón, vínculo) convertido en una manera de habitar el mundo. *Religancia* de los saberes, de las disciplinas, de los seres; pero también una *religancia* sensible, fraterna, profundamente humana. En él, el pensamiento nunca avanzaba separado del temblor de la vida.

Buscó sin descanso, menos diseccionar lo real que enlazarlo; menos reducir que abrazar la complejidad de los destinos humanos. Su obra atraviesa un siglo entero de historia, de tragedias y de esperanzas. Sin embargo, no se reduce a una construcción teórica fría: sigue siendo un combate incesante contra todas las separaciones estériles —entre ciencia y poesía, razón y emoción, lucidez y esperanza—.

Honrarlo hoy no consiste en santificar su pensamiento ni en congelarlo en una nueva ortodoxia. Eso sería traicionarlo. La única fidelidad posible es mantener viva esa inquietud intelectual que llevaba en su interior: seguir pensando contra las simplificaciones, contra los cierres ideológicos, contra esa racionalidad abstracta que mutila el conocimiento cuando se corta de la carne humana.

Porque tal vez no exista verdadero saber que no esté atravesado por la sensibilidad.

Yo lo había conocido una primera vez como tantos otros lectores: en los libros. A principios de los años noventa, siendo estudiante en Montpellier, un amigo me puso entre las manos una obra de título extraño: *Introducción al pensamiento complejo*. No fue, sin duda, su mejor inspiración, pero representó para mí el acto fundador de mi vida intelectual.

Más tarde llegaron los intercambios epistolares, luego las conversaciones, los trabajos comunes en torno a cuestiones de epistemología y educación. En la sombra a menudo, con fidelidad y discreción, yo redactaba, entre otras cosas, notas y algunos prólogos. Edgar

me había enseñado que Pascal estaba en lo cierto al denunciar el divertimento mediante el cual el hombre intenta escapar de sí mismo; pero también me había enseñado que la obsesión inversa —la de la muerte— podía convertirse, a su vez, en otra forma de ceguera.

El hombre y la muerte seguía siendo para él una obra central. Un libro matriz, incesantemente retomado, reescrito, aumentado, como si el pensamiento debiera regresar continuamente al mismo vértigo. La muerte, ese ángulo muerto de las sociedades modernas.

El día declinaba lentamente sobre la Plaza de la Canourgue. Nuestra conversación volvía una y otra vez hacia esa «praxis de la complejidad y complejidad de la praxis» que él juzgaba todavía ampliamente impensada. Luego, casi con naturalidad, Edgar evocó de nuevo la dirección de su cátedra UNESCO. Su propuesta permaneció suspendida entre nosotros durante mucho tiempo antes de que yo aceptara finalmente asumir la responsabilidad.

Qué mejor manera de rendir homenaje a Edgar que sumergirse en la singularidad de los momentos vividos. A partir de nuestros numerosos intercambios se construyó, camino al andar, el programa de la Cátedra UNESCO, en torno a una articulación fundadora entre educación e investigación: «Praxis de la Complejidad, Complejidad de la Praxis». Una manera de interrogar las polícrisis como un desafío civilizatorio, pero también de pensar, en filigrana, el paso de la ecología política nacida en la efervescencia de los años sesenta a una verdadera ecología de la acción.

En uno de sus muchos intercambios, Edgar escribió a Élisabeth Sénégas, inspiradora del proyecto Oasis de *Fraternité* (Oasis de Fraternidad), estas magníficas palabras:

«Usted es en la acción lo que yo quiero ser en el pensamiento; este proyecto es mi última alegría».

Estas palabras de Edgar estaban dirigidas a Élisabeth Sénégas.

Había en ellas algo a la vez conmovedor y perfectamente coherente con toda su obra. Porque los *Oasis de Fraternidad* prolongan y encarnan precisamente ese pensamiento de la *reliance* que él no había cesado de defender. En torno a un colectivo que reúne a universitarios de nuestra Tierra-Patria, empresarios, actores asociativos y ciudadanos —en el sentido más exigente y noble del término—, este proyecto conlleva una ambición profundamente emancipadora: entretejer los vínculos con uno mismo, con los demás y con lo vivo, al tiempo que abre una reflexión colectiva sobre la refundación del contrato social ante las grandes perturbaciones que nuestras sociedades se disponen a atravesar, en particular bajo el efecto de la revolución antropológica que constituye el advenimiento de la inteligencia artificial.

Nacido de la constatación de una sociedad hiperconectada pero profundamente fragmentada y aislada, el proyecto propone recrear, a escala de los barrios y los territorios, espacios físicos o simbólicos de encuentro, de fraternidad y de acción ciudadana. De Levinas a Jonas, inspirada por una ética de la fraternidad y de la responsabilidad, nuestra

Investigación-Acción Participativa defiende la idea de que la transformación ecológica, social y democrática solo puede emerger de las relaciones humanas concretas y de las cooperaciones locales. Los *Oasis de Fraternidad* se postulan, así como una resistencia poética y política a la deshumanización del mundo, situando el encuentro, la diversidad y la esperanza en el corazón de un futuro deseable.

Hoy se abre, de nuevo, una página en blanco.

No como una herencia que administrar, sino como una exigencia que continuar.